

gente no muerde mucho este anzuelo. Y se acerca la fecha señalada, y aparte de la Exposición retrospectiva, no se anuncia ningún festejo que esté a la altura del memorable Centenario...

¿Ni siquiera se halla todo el mundo de acuerdo en que deba celebrarse esta fecha!

Sí, es preciso decirlo, para examinar y refutar semejante opinión: no todos son partidarios de las fiestas. Hay quien alega que hoy nos encontramos en la mejor armonía con Francia; que los rencores se han extinguido completamente; que el tiempo se lleva estas y otras animosidades en su profundo oleaje; que desde la sangre vertida el 2 de mayo, ha corrido mucha más, y que la España de entonces se parece a la de ahora como un huevo a una castaña...

Y los que afirman esto afirman una verdad perogrullesca, *une vérité de la Palisse*, como dirían nuestros vecinos y ex enemigos del año 8. Bueno fuera que ahora durasen los odios y los furores que la invasión despertó justamente; y cándido fuera que nadie diese tal significación a los festejos conmemorativos. La significación única que puede dárseles es la del respeto a lo que fuimos y la afirmación de que somos capaces, siquiera, de sentir y expresar ese respeto entusiasta. Y ese respeto lo manifiesta la historia, lo sienten los extranjeros no menos que nosotros, y valdríamos tanto más, cuanto más capaces fuésemos de exteriorizarlo sincera y noblemente. Quien no se ama a sí propio, ni se venera a sí propio, está perdido, sea individuo o sea nación. La virtud de hacer cosas altas y grandes, en cualquier terreno que sea, es un motivo de júbilo y de transporte para quien la reconoce en la raza de donde procede y de la cual han de proceder sus hijos. He aquí la significación del Centenario, y he aquí precisamente por qué deploro que no halle mayor eco en el espíritu nacional. No padezco ni por asomos de *chauvinisme*, pero todo lo que puede arraigar en la conciencia la noción de patria me parece admirable. Son los pueblos fuertes los que disponen de mayor provisión de estas sanas energías.

Ha ocupado por unos días la atención otro centenario, el del nacimiento de Espronceda. El gran poeta vino al mundo en el dramático año 8, entre el fragor de los ruidosos acontecimientos europeos de aquel período. Sin duda en otro país, Espronceda hubiese sido más festejado de lo que aquí fué, porque en España no existe el ferviente culto de los antepasados literarios, artísticos e intelectuales, la religión de los insignes muertos, que se practica de un modo constante en Francia, en Alemania, en Inglaterra, y que reviste caracteres de piadosa devoción al pasado. Pensaba en ello recientemente, ante un detalle insignificante donde mi fantasía se recreaba en encontrar la clave del vigor y poderío de la nación británica. Es el caso que el actual representante de Inglaterra en España, sir Bunsen, me pregunta frecuentemente—aunque está bien informado desde hace tiempo—pormenores relativos a la acción de Elviña y la muerte del general Moore, uno de los aliados que vinieron a unirse a la defensa de España contra los ejércitos de Napoleón. La acción de Elviña ocurrió cerca de la Coruña, y el general Moore está enterrado en un solitario jardín público de la misma ciudad. Realmente, dentro del dramático y titánico período en que sucedió, la acción de Elviña no tiene extremada importancia. El interés del representante de Inglaterra—interés sincero, pues repito que está muy bien informado—es un signo de raza, un indicio de ese modo de ser peculiar de la vigorosa nación, que se ama a sí misma con tenaz amor patriótico. Dondequiera que ha ondeado la bandera inglesa gloriosamente; allí donde ha caído un soldado cumpliendo su deber, Inglaterra entera ve un lugar sagrado, y se descubre y se detiene y pregunta y recuerda. ¡Ay de los pueblos que no entienden de otro modo; que dejan perecer obscuramente a los suyos; que no visitan la fosa; que ven indiferentes y atónicos amarillear el laurel!

Y lo que digo del soldado, digo del poeta. Espronceda es, sin embargo, la más popular entre las figuras máximas del romanticismo. No ha contribuido poco a ello su leyenda, romántica de verdad, más romántica que sus versos, los cuales conservan un marcado sabor de clasicismo, pues Espronceda fué discípulo de D. Alberto Lista, y lo mejor acaso de su obra tiene corte genuinamente clásico. Es indudable que si Espronceda nace contemporáneo de

Jovino y de Batilo, ningún pastor más arcádico hubiese pisado los campos floridos del Zurgueci. Pero el romanticismo, que influyó hondamente en su literatura, selló también su vida, y una reunión de circunstancias le hizo símbolo del nuevo movimiento literario sentimental. Ni Martínez de la Rosa y el Duque de Rivas, dos atildados y elegantes diplomáticos; ni Zorrilla, bohemio de obscura biografía y de tradicional sentir, llegaron al alma de su generación—en este concepto—como el brillante conspirador, el raptor de beldades, el calvatrúeno diabólico, el de las desesperadas canciones, que se llamó D. José de Espronceda. Que las canciones desesperadas sean o no obra suya, no impide que en cierto modo encarnen la idea que de él se formó y el prestigio tempestuoso de su nombre.

Dijérase que su musa fué la indignación y que su estro tenía la inconsciente y quemante fuerza de una corriente eléctrica poderosa. Lo mismo si deploraba en diatriba vehemente los males de la patria, que si renegaba del vacío de la vida, Espronceda sabía agitar y enfurecer el ánimo, obligando, aunque sólo fuese momentáneamente, a compartir su emoción dolorosa y pesimista. Los poetas, los escritores que nos procuran impresiones mediocres y plácidas, no nos pasan de la superficie; los que remueven el pozo del espíritu, son menos olvidables. No era el pesimismo de Espronceda algo sereno y alto como el de Leopardi, hecho para actuar sobre mentes impregnadas de cultura verdaderamente filosófica. En Espronceda, al través del agitador literario, se traslucían los contornos del agitador político; su indignación era fácilmente comunicable a las masas. Tenía que ser Espronceda un poeta muy popular y muy español, aunque su silueta recordase la de Byron.

Y Espronceda, por uno de esos casos frecuentes en la historia literaria y que sólo admiran a los que no la han leído, estuvo a punto de adelantarse a Zorrilla en la obra que más ha difundido su nombre; en el *Tenorio*.

Muy pocos años antes de que el *Tenorio* se estrenase, vió la luz *El estudiante de Salamanca*. La semejanza sorprendente de la idea de estas dos creaciones, poética la una y dramática la otra—y las dos empapadas del jugo de los antiguos romances, consejos y comedias famosas—salta mejor a la vista si se hace representar algún fragmento del *Estudiante*. Mientras el veterano y ducho actor Felipe Carsi ensayaba en el Ateneo a los jóvenes alumnos del Conservatorio la escena de los *Jugadores* en el *Estudiante*, me sorprendía doblemente el azar que había impedido tan sólo a Espronceda escribir, en vez del *Estudiante*, el *Tenorio*, fuese en forma de poema, fuese en forma de comedia sacro-fantástica. Todos los elementos tradicionales, todo el carácter de don Juan están contenidos en el poema de Espronceda. Y me parecía ver vendado, en una especie de juego literario del cucharón, dirigiéndose hacia un punto y tropezando y desorientándose sin llegar a él, mientras Zorrilla, adiestrado por su ejemplo, va recto al fin y consigue el hallazgo. Y es posible, sin embargo, que Zorrilla, tan inconsciente, en esto también lo haya sido, y que sólo el instinto le llevase hacia su típico y archicélebre *Burlador*, del cual siempre habló con desprecio y enojo, porque un editor se lo había comprado en poco dinero, sacando de él millones.

Lo curioso de este Centenario de Espronceda fueron las voces que corrieron, de cómo encontraba grandes obstáculos su celebración, en esferas gubernamentales y políticas. Acaso hubiese yo dado crédito a estas voces, por aquello de que en el mundo no se debe dudar de nada, ni afirmar cosa alguna, a no suceder luego que corrieron otras voces atribuyéndome, a mí misma, igual propósito de estorbar la glorificación de Espronceda. Cuando se decían tales cosas, yo andaba atareadísima preparando (no sin trabajos arduos y dificultades enmarañadas) la solemne velada que el Ateneo de Madrid acaba de dedicar al poeta. Y a la verdad, pensaba que si era tan cierto lo ajeno como lo propio... Dábame qué sonreír el contraste entre mis afanes bien visibles por hacer algo en pro de la fama póstuma de Espronceda, que me robaban largas horas y me obligaban a escribir carta sobre carta y a enviar mensaje sobre mensaje a cuantos creía yo que realizarían con su presencia y su palabra el acto, y lo que se murmuraba en corrillos, respecto a *mi actitud*... Y mi sonrisa era la forma de mi resignación ante los errores comunes, que no han disminuido desde Feijóo acá.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es la primavera este año como los duendes, que todos hablan de ellos y nadie los ha visto.

Los mismos árboles del Retiro y de la Moncloa parecen friolentos bajo su temblorosa florescencia rosa y blanca, y evocan la idea de angelitos expuestos desnudos a la intemperie y cuyas carnes se estreman a cada racha de viento destemplado y crudo.

El cielo anda velado de nubes las dos terceras partes de los días. Ha nevado, ha granizado. El aire es sutil y glacial a la salida de los teatros. Los sombreros de paja con flores, expuestos en los escaparates flamantes, se diría que tienen cortedad; las amapolas se avergüenzan, las lilas se encogen de timidez. Las *manuelas* son todavía una excepción. Los tranvías continúan cerrados..., y por lo tanto, mal olientes. En las horchaterías, las mesas están limpias y fregadas y desiertas. La maga no ha venido aún.

Más premiosa y desmazalada que la primavera asoma la conmemoración de la guerra de la Independencia, en su Centenario.

¿Qué se va a hacer? ¿Habrán muchos festejos? ¿De qué naturaleza y clase? ¿Con qué dinero? ¿Con qué grados de entusiasmo?

Sin género de duda cabe afirmar que, hallándose tan retrasado todo, las fiestas serán un relativo fracaso. La frialdad del espíritu público puede ser causa, pero también puede ser efecto, de estas deficiencias de organización. El espíritu público es una palabra muy vaga. El señorito que hace «telégrafos» con su novia; el ciudadano pacífico que cruza la calle para evacuar sus negocios; el empleado que va a su oficina; el médico que corre a la cabecera de un enfermo; el chulo, el soldado, la cigarrera, el mismo hampón..., son componentes de ese «espíritu público» que responde o se hace el sordo en circunstancias señaladas. Y su sordera o su entusiasmo son como el punto de nieve en las claras de huevo, que no se consigue sino a fuerza de batirlas... Si los periódicos, por espacio de algunas semanas, calientan y fustigan la opinión, la opinión acaba por formarse. ¿Que es una opinión inconsciente? ¡Ya lo sabemos! Y he ahí la gran fuerza y la gran responsabilidad de la prensa en nuestros días. Nunca como hoy una oligarquía gráfica e intelectual ha sido dueña de manejar y dirigir a la grey. No falta quien sostenga que sucede lo contrario, a saber, que es la grey la que influye en la oligarquía. Mis observaciones personales desmienten este supuesto: la grey recibe el impulso. No diré que mil veces no lleve al periódico sus prevenciones, sus sentimentalidades, sus desorientaciones y sus antipatías. Las lleva por muy varios caminos y de muy diversas maneras. Pero en estos casos, en que la grey se encuentra en un estado de equilibrio inestable, la prensa lo hace casi todo.

No quiero decir, no sería justo, que la prensa se haya mostrado hostil al Centenario: lejos de eso, lo recuerda con frecuencia, aunque tíbiamente. Su tibieza (que es el reflejo de todas las tibiezas patrióticas que caracterizan al momento que atravesamos) no es voluntaria; en esto sí que el ambiente debe cargar con no escasa parte de culpa. Los periódicos han prodigado las hojas especiales dedicadas al Centenario, evocando recuerdos, efemérides y episodios nacionales de la última gran guerra española. La